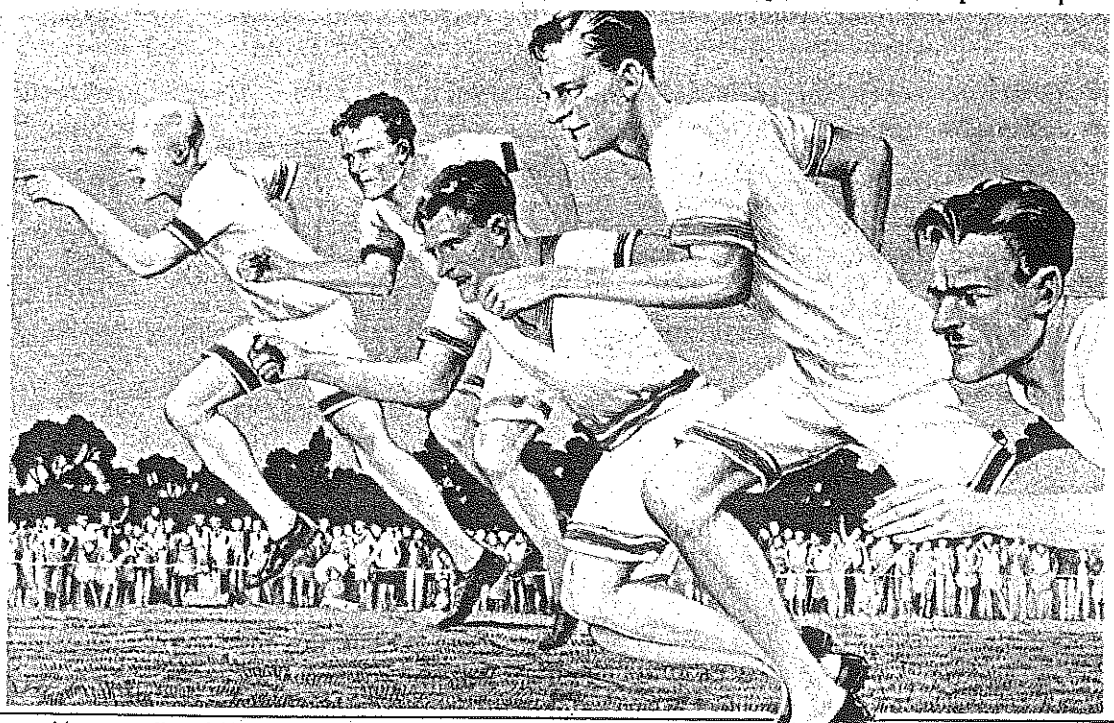
José Antonio Jáuregui Oroquieta. *Nacido en Eguillor en 1941, estudia en Francia (5 años), Italia (dos años) y Oxford, donde consigue un puesto numerario de Antropología Social en el Lady Spencer-Churchill College y Polytechnic. Autor de «Las reglas del juego (Las tribus)». Basándose en este libro escribe y presenta una serie para RTVE, ahora vendida ya a varios países. Coautor de «Manual de psiquiatría» (de inminente aparición) y «Cien españoles y Franco», tiene en preparación otro libro, «Las reglas del juego (Los sexos)». Conferenciante, articulista, ha viajado por los cinco continentes. Tiene preparado otro libro, «España entera», y otra serie para RTVE de próxima emisión. Casado y padre de cuatro hijos.*

Entre espermios y políticos anda el juego

El hombre es un animal jugador que, empujado por unas corrientes psíquicas internas, intenta competir y ganar en cuantos terrenos pueda. No es el hombre un animal que desea ser igual, sino erigirse en superior de «los demás», mediante todo género de juegos o competiciones. Estas afirmaciones pueden parecer exageradas en una era en la que se busca la igualdad, *l'egalité, social equality.* Pero ¿se busca de verdad la igualdad, o se trata de un nuevo truco, de un nuevo engaño? Nos predican hoy los políticos, o algunos políticos, la *igualdad,* pero ¿qué buscan estos mismos predicadores en su propia vida, si no es el competir y el ganar? Desde un punto de vista científico y empírico, la carrera de los espermatozoides y unas «elecciones políticas» se ajustan a un mismo mecanismo: un proceso selectivo, una búsqueda del mejor *(aristos,* en griego). Un juego o carrera en la que el espermatozoide/político que llegue el número uno será recompensado con el máximo trofeo: el huevo del útero o el palacio de la Moncloa. Todos los demás espermatozoides/políticos han sido eliminados. No hay más que un huevo/palacio de la Moncloa. Una sensación de placer invade al ganador, proporcional a la sensación ingrata con que la naturaleza castiga a los perdedores. La dicotomía izquierda/derecha es incompleta si no tenemos en cuenta la dicotomía aristocrática del juego: ganador/perdedores, superior/inferiores, mejor/peores, número uno/«los demás», +/—. En la carrera de los espermatozoides corren unos doscientos millones de candidatos (en una eyaculación media). A medida que va avanzando la campaña electoral por la vagina, varios millones van quedando rezagados y va destacándose un pelotón. Muchos millones abandonan la carrera en la ruta vaginal y ni siquiera llegan al útero. Unos pocos cientos llegan hasta la trompa y ya se acercan a la sede de la presidencia. Pero sólo uno gana y se lleva el huevo: uno, el primero, el mejor: *aristos.* Decía yo estas cosas un día por RTVE en *Hora-15,* dialogando con Manuel Martín Ferrand. Un senador desde Barcelona me dijo por teléfono: «Oye, Jáuregui, te has pasado, ¿no? ¿Es serio compararnos con los espermatozoides?» Le contesté: «Acabo de recibir una llamada telefónica de la USEE (Unión Sindical de Espermios Españoles) en la que el número uno de este sindicato —el *aristos*— me ha dicho airado: «Oiga, Jáuregui, ¿le parece serio compararnos a los espermatozoides con los políticos? Nosotros admitimos que somos *aristócratas,* que queremos ganar y llegar los primeros. En cambio, los políticos dicen que no corren por ganar, sino por sacrificarse por el bien del pueblo. ¿Por qué no llaman *ustedes aristocracia* y no *democracia* tratándose de un proceso selectivo? *Elecciones* viene de *elegir,* es decir, "escoger al número uno, al mejor de entre muchos". ¿Por qué predican la igualdad y, en el mismo mitin electoral, se contradicen, al aconsejar que no voten a los demás, porque son *menos* inteligentes, *menos* honrados, ofrecen un programa político *peor* adecuado al país, en una palabra, porque son *inferiores?* Nos parece, señor Jáuregui, la comparación ofensiva para nosotros los espermatozoides. Porque además de no reconocer con modestia que los políticos corren en una carreta terrible, donde se juegan la salud y la vida, por las ansias que sienten de ganar, al igual que todos los que participamos en cualquier juego/carrera (el juego de *misses,* el de los premios literarios, el de los premios científicos, el de la guerra...), utilizan, a veces, métodos o medios que avergonzarían a cualquier espermatozoide que se respete. Los espermatozoides simplemente corremos, pero no aburrimos al personal con monsergas repetidas hasta la saciedad.»

¿Qué le contestamos a este espermatozoide que se siente *superior* a los políticos? ¿Sería más correcto, como nos hace observar este diminuto ser, el llamar *aristócratas* a cuantos políticos corren en las *elecciones* por «ganar»? ¿Deberíamos confesar con humildad los seres humanos que comemos por obedecer a unas ganas; hacemos el amor, no por el simple bien del pueblo, sino por satisfacer otras ganas, y corremos en cualquier juego por saborear el caramelo que regala la naturaleza al que gana? ¿Deberíamos admitir con modestia que todos los seres humanos somos *iguales,* porque todos sentimos unos imperativos psíquicos de proclamarnos superiores, números unos, *aristos,* los mejores?



Esta página, ciertamente abierta y a disposición de nuestros invitados, deja el campo libre a la creativi[illegible]uellos que la ocupan, a su albedrío, cada semana